

A mi mudo reflejo
en el estanque
le grito
desconcierto
de cadáver.
Los faroles hunden
bermejos epitafios,
y las gotas,
secas ya,
brotan
como manadas de estrellas.
Mil rostros
por los cristales
mantienen proeza
de silencio,
y en esa calle,
sin ecos,
me improviso
un fin
de luciérnaga.

Sería inútil
continuar
los gritos
y los sueños,
recibir
el tiempo
y la distancia
con disfraz
de césped encuadrado
sin perderse
en el propio cuerpo,
taller de pelos
y de venas,
y caminar
en un vacío
de reflejos
por una calle
que se alarga
paso
a
paso.